

con un amor eterno y perfecto. Tan amable es el Padre, como el Hijo, y ámbos son un mismo Dios; igualmente es perfecto y hermoso el conocimiento del Padre á su Verbo; que el del Verbo á su Divino Padre; y tan amable el Uno como el Otro; y por esto, el impulso de amor del Padre y el Hijo es igual, y tiene en sí la misma fuerza, la misma vida, la misma actividad: ¿cómo, pues, del amor que tiene el Padre á su Divino Verbo, procede el Espíritu Santo, y no hubiera también de proceder del que tiene el Verbo á su divino y eternal principio? ¿dónde hallaríamos, de otra suerte, la perfecta y sagrada igualdad en la virtud de Uno y Otro, si la voluntad del Hijo no tiene, en esta divina persona, aquél sagrado término que confesamos tener la del Padre, voluntad que en los dos es la misma?

Es, por tanto, indispensable admitir que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; y esto, como de un solo principio y de una misma espiración. En efecto, siendo en el Padre y en el Hijo una é indivisible la virtud de producir, no pueden ellos, ser dos principios, sino uno mismo. Y tal virtud es una misma, porque el Espíritu Santo procede del Padre y el Hijo, no en lo que se oponen relativamente, sino en lo que son una misma cosa. (1) Y así como al decir que Dios es el principio de las cosas criadas, entendemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un principio y no tres, lo mismo que un Criador; así también aseguramos, que el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, que son un mismo principio. Y la misma razón que nos descubre la unidad del principio de las cosas criadas, la mis-

(1) D. Asem. De Process. Spiritu. Sanct. c. 19.

ma acción, el mismo término, descúbrenos también que el Padre y el Hijo, aunque sean dos personas distintas, con todo esto, no son sino un principio del Espíritu Santo; una es la expresión, y uno mismo el término; una es la espiración, y uno mismo el término; pues el Espíritu Divino, procede, nos dice el Ángel de la Escuela, del Padre y del Hijo en cuanto son uno en la virtud espirativa, que significa en cierto modo, la naturaleza con la propiedad. (1)

Brilla, por lo mismo, el Espíritu Santo, con el bellissimo esplendor de una gloria infinita: tan amable es al Padre como al Hijo; y recibe de los dos la misma esencia. El misterio de su divina procesion es admirable, profundísimo, y lleno de encanto. Nosotros lo admiramos, bajamos nuestros ojos, deslumbrados con el esplendor de su infinita claridad; y pegando la frente con el polvo, reconocemos su grandeza y su poder, su divina y adorable Majestad; lo bendecimos y alabamos rebosando el alma de inefable dicha, porque procede del Padre y del Hijo, con quienes es un mismo Dios, al que adoramos dando gracias por su inmensa gloria.

## CAPÍTULO XX.

### § I.

#### DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

En los capítulos anteriores nos hemos ocupado deliciosamente, pensando en el Espíritu Divino que pro-

(1) 1. p. q. 36. a. 4. ad. 2.

cede del Padre y del Hijo; en el presente hablaremos de sus celestiales dones.

Isaías, hablando del Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, dijo así: Reposará sobre Él, el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de temor del Señor. (1)

Un día en las riberas del Jordan, descendió el Espíritu Santo en forma de paloma, sobre el Divino Redentor, á quien desde el instante de su concepcion habia llenado de sus celestiales dones, ¿por qué motivo es la paloma el símbolo del Espíritu Santo? Oigamos al Doctor Angélico.

La paloma, nos dice, habita sobre la corriente de las aguas, en las que descubre como en un espejo la imagen del halcon que se cierne en el aire: la paloma se sumerge en ese mismo instante en las aguas, y se salva del peligro. Entre todos los granos de trigo la paloma escoje los mejores: alimenta á los hijos de las otras aves: no rompe nada con el pico: no tiene hiel, anida entre las rocas: su canto es un gemido. (2) Así los santos, por el don de sabiduría, pasan la vida junto á las corrientes de la divina escritura, para vencer las tentaciones del demonio; por el de ciencia, eligen las mejores sentencias de la virtud, y alimentan su espíritu con ellas; por el don de consejo convierten á los pecadores, y vuelven hijos de Dios á los que ántes lo fueron del demonio; por el de entendimiento, semejantes á la paloma que no rompe nada con el pico, no destrazan como los herejes, la palabra de Dios, corrompiendo

(1) XI. 2. 3. (2) 3. p. q. 39. a. 6. ad. 4. Este bellissimo pasaje del Doctor Angélico, es original, segun nos parece, del abad Guerrico, en cuyas obras lo hallamos, Serm. V. De Purif. B. V. M. Mas su aplicacion á los dones del Espíritu Santo, pertenece á Santo Tomas.

do su sentido; mas la conservan íntegra, y la guardan con profundo amor: y respecto á su conducta, los santos, por el don de que hablamos, heridos en la mejilla derecha, presentan la izquierda. Por el don de piedad refrenan la ira; el de fortaleza los hace que pongan su nido en las llagas del Señor, donde está su esperanza y refugio. Finalmente, por el don de temor, suspiran llorando por la patria del cielo, y lloran tambien sus pecados.

Basta lo dicho para descubrir la necesidad que tenemos de los dones del Espíritu Santo; oigamos sin embargo, al Ángel de la Escuela.

La razon del hombre es perfecta, ó por la luz natural que Dios le da; ó segun la perfeccion adquirida por las virtudes teológicas. Esta segunda perfeccion, aunque mayor que la primera, no es todavía consumada puesto que es imperfecto el amor y el conocimiento que tenemos de Dios, á quien no poseemos sino de un modo incompleto, y por nosotros mismos. Resulta de lo dicho ser indispensable que seamos movidos por un principio exterior á nosotros mismos. El sol, foco de la luz puede por sí mismo iluminar con toda perfeccion; mas la luna no refleja la claridad que recibe, sino imperfectamente. Así tambien, el médico cuando se halla bien instruido, puede obrar por sí mismo; mas su discípulo tiene que seguir sus instrucciones. Hé aquí al hombre: en todas las cosas que pertenecen al dominio de la razon, y que tienen un fin solamente natural, auxiliado de Dios, puede obrar por la luz de la misma razon; mas tratándose del fin sobrenatural, la razon

tambien nos mueve por la luz, aunque imperfecta de las virtudes teológicas; pero no basta su impulso, siendo indispensable el del Espíritu Santo. Los hijos de Dios, dijo San Pablo, son conducidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios y herederos. Y antes David: Oh Señor, tu Espíritu bueno me conducirá a la tierra de rectitud. Tierra dichosa cuya posesion nadie consigue si no es movido y conducido por el Espíritu Santo. (1)

Ya consideremos la razon del hombre segun su perfeccion natural, ó segun la que tiene por las virtudes teológicas, nunca lo descubre todo; mil sombras se proyectan en el alma, y las nubes de la duda amortiguan el vivo resplandor de la luz que lo alumbraba. Esta, la luz de la razon, no lo alcanza todo; no así la ciencia del Espíritu Divino, que todo lo descubre; y cuyo infinito poder todo lo tiene sujeto, y su mocion de todo nos libra. Nos da la sabiduria y destierra la necesidad, el entendimiento quita la estupidez, el consejo la precipitacion, la fortaleza espanta el miedo, la ciencia destruye la ignorancia, la piedad ablanda la obstinacion, y el humilde temor confunde la soberbia. (2)

La misma definicion de los dones de que tratamos, nos descubre su necesidad; éstos son ciertos hábitos que nos perfeccionan para obedecer con prontitud al Espíritu Santo, nos dice el gran Santo Tomas. (3) ¿Quién no siente en su propio corazon la pesadez y la tardanza, ó no tiene los demas defectos propios de nuestra miseria? Pero viene el Espíritu Divino, y eleva y purifica, enciende y fortalece nuestras almas, y

(1) 1. 2. q. 68. a. 2. (2) D. Gregor 2. Mor. c. 26. (3) 1. 2. q. 68. a. 3.

hace que sigamos alegres y contentos, su dulce y amorosa inspiracion. Ved remediados todos nuestros males.

El Espíritu Santo por medio de sus dones se prepara en el alma un hermoso y brillante santuario, donde viene a morar su grandeza. La sabiduria edifica ese templo con amables y grandes virtudes; el entedimiento lo ilumina; el consejo lo gobierna con admirable prudencia; la fortaleza lo sostiene y defiende con invicta paciencia; la ciencia lo enriquece de divinas verdades; la piedad lo embellece con el culto divino; el temor lo conserva sin mancha, y arroja el pecado de su hermoso y sagrado recinto. (1)

Tan soberanos y preciosos dones enriquecen nuestras almas de virtudes. El temor nos hace humildes; compasivos la piedad; la ciencia discretos; la fortaleza libres y animosos para no sujetarnos al pecado; el consejo prudentes; el entendimiento previsores; la sabiduria nos da, por fin, la gravedad; ella es el fruto de una dicha interior, delicioso paraíso de nuestra alma. (2)

Los dones del Espíritu Divino, son rayos de ardiente y amoroso fuego con los que, el mismo Espíritu humilla las altas montañas de nuestra soberbia, por el don de temor; ó ablanda su dureza por la piedad; nos ilumina con la ciencia; sostiene el corazon por medio de la fortaleza; lo contiene ó lo dirige, ó lo vuelve al camino de Dios, por el consejo; lo hermosea por el entendimiento, y lo abrasa, en fin, en las llamas de la caridad por la sabiduria.

Tenemos, pues, que el Espíritu Santo por medio de

(1) D. Bonav. De Spiritu Sanc. c. 4. (2) Id.

sus dones nos enseña la verdad y nos inspira su divino amor. Conocer el bien y amarlo, ¿no es por ventura, la más hermosa y soberana dicha que podemos alcanzar en esta vida y en el cielo? Y ambas cosas son indispensables: la verdad y el amor. Ser iluminado es un gran bien; mas no es la plenitud; quedar saciado es asimismo, un gran bien; mas no es perfecto. La luz y el amor nos dan por lo mismo, el más cumplido gozo. (1)

Tratando ya en particular de los dones del Espíritu Santo comenzamos por el temor, el primero que se halla en la escala que nos lleva á Dios.

El temor es un don del Espíritu Santo que sujeta nuestras almas á su Majestad, y las vuelve dóciles á su inspiracion divina, de tal manera que, en cuanto es posible, siguen en todo su sagrado impulso. (2) Nos hace honrar á Dios como padre; y que temamos separarnos de su servicio. (3)

Tan precioso don nos es indispensable para permanecer unidos al Señor. En los terribles combates de espíritu contra la carne, y de la carne contra el espíritu, ¿por ventura podremos alcanzar victoria peleando sin temor? (4)

Mas con él no tendrán lugar las tinieblas del pecado. El temor del Señor destierra el pecado: quien no tiene temor no podrá ser justo. (5)

Y no es solamente necesario á nuestra salud el temor de Dios; es tambien muy útil, y está lleno de delicias y consuelos: El temor de Dios es gloria y justo motivo de gloriarse; y es alegría y corona de triunfo.

(1) Id. c. 1. (2) Id. De Donis In Speciali. c. 1. (3) Viguier c. 13. (4) Richar. De 12. Patriarch. c. 44. (5) Eccli. I. 27, 28.

El temor de Dios recreará el corazón, y dará contento, y gozo, y larga vida. Al que teme al Señor, le irá felizmente en sus postrimerías, y será bendito en el día de su muerte. El principio de la sabiduría es el temor del Señor. Es la santificación de la ciencia. El colmo de la sabiduría consiste en temer á Dios; y sus frutos dejan al hombre satisfecho. Llenará toda su casa de bienes, y con sus tesoros todas sus estancias. El temor del Señor es la corona de la sabiduría, nos da la paz más hermosa, y frutos de salud. Es la raíz de la sabiduría, y sus ramos son de larga vida. (1)

La sabiduría de Dios se siembra en el corazón de los santos, como en oculto paraíso, la gracia lo riega, la fe ahonda sus raíces; germina por la devoción, crece por el deseo, el amor lo desarrolla, la circunspección lo viste de verde y umbroso follaje, y dilata sus ramas; la disciplina perfuma el cáliz de sus flores, fructifica por la virtud, y la paciencia madura sus frutos. (2)

Al constituírnos el temor de Dios bajo la sombra de tan dulce Padre, nos llena de paz y de consuelo, y dilata dulcemente el corazón del hombre. No arrastramos las cadenas que arrastran los esclavos; que somos hijos: ni por otro extremo, seguimos los perversos deseos del corazón; porque ese Padre, es Dios de terrible y soberana majestad. Gustamos inefable y dulcísimo consuelo, cuando á sus piés rendidos, le protestamos nuestro gran respeto, porque es un Padre lleno de bondad y de ternura que nos ama con ardien-

(1) Eccli. I. 11, et seq. (2) Hugo L. 3. De Arch Noe. 20 (1)

te afecto, y sin cesar nos colma de dulces bendiciones. Y si volvemos los ojos á otra parte, fuera del servicio del Eterno, sólo descubrimos la desgracia, y escuchamos el fragor del rayo que terrible lanza contra el criminal. Aquel sensible y amoroso Padre á quien estamos rindiendo la más profunda y humilde adoración. Su justicia nos confunde y humilla más y más, y su tremenda ira nos hace estremecer. Y recordamos entonces que aquel temor tan saludable, es para nosotros un muro de defensa, y de amorosa y dulce protección de Nuestro Padre á quien pedimos luégo, con el Rey profeta, que traspase nuestra carne con su santo temor; (1) y nos haga temer sus profundos y adorables juicios.

El temor de Dios, es una gloria, y corona de triunfo; porque él nos saca vencedores de todos los combates, y nos alcanza las más tiernas y amorosas miradas del Señor, Señor que es Nuestro Padre; ¿y qué hijo no se inunda de contento con esta recompensa?

El Espíritu Santo derrame, por lo mismo, en nuestras almas, el precioso don de su temor. Y después de esto, descansemos amorosamente en sus brazos, sin olvidar estas palabras que nos tiene dichas: Vosotros los temerosos del Señor, aguardad con paciencia su misericordia; y nunca os desvieis de Él, porque no caigais. Los que teméis al Señor confiad en Él; pues no se malogrará vuestro premio. Los que teméis al Señor esperad en Él; que su misericordia vendrá á consoláros. Amadle, y serán iluminados vuestros corazones. Los que temen al Señor no serán desobe-

(1) CXVIII. 120.

dientes á su palabra; indagarán las cosas que le sean agradables. Prepararán sus corazones; y en su presencia se santificarán sus almas; guardarán sus mandamientos; y conservarán la paciencia hasta el día que los visite. (1)

## § II.

Deslumbrante de encantos y bellezas dejase ver después del temor, en nuestra marcha á los cielos, la dulce piedad. Ella es un don del Espíritu Santo infundido en nuestra voluntad para seguir con facilidad y prontitud, su divina inspiración, llenando el alma de filial cariño hácia Dios á quien honramos como Padre; é inclinándose hácia el prójimo para socorrerlo. (2)

Levantamos nuestros ojos al Señor, elevando á su trono el corazón; y Dios nos manda su divina luz; luz que reflejando en nuestras almas, se derrama cual benéfica lluvia, sobre todas las miserias de los hombres. (3) Y Dios dió quien nos hizo levantar los ojos á su trono; y quien asimismo, abre nuestras manos y por ellas derrama beneficios.

La piedad es útil para todo, nos dice el Gran Apóstol, (4) pues trae consigo la promesa de la vida presente y de la eterna. Mas digamos siquiera una palabra, sobre los dulces y bellos sentimientos que produce en el alma, ya respectó á Dios, ó bien con relacion á nuestros prójimos.

No hemos recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor; sino que hemos recibido el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos:

(1) Ecc. II. 7. et seq. (2) D. Bonav. hic. (3) Id. (4) I. Tim. IV. 8.

Padre, Padre mio. (1) Hay un lazo que nos une á Dios, lazo precioso y sagrado, don soberano del cielo, dádiva rica del Padre; tal es la adopcion: somos sus hijos, y si bien no tenemos su misma esencia como el Hijo de su seno, ese generoso y dulce Padre, por medio de su Espíritu Divino, derrama en nuestras almas el afecto de hijos. Ahora bien; ¿en qué cosa deben ocuparse los hijos sino es en la honra de su padre? y ¿puede para ellos existir, afecto alguno que así domine y llene la existencia, como el afecto de ese mismo padre? ¿dónde se hallan delicias comparables á las que gozamos amando á ese sér querido á quien llamamos con tan dulce nombre?

El padre y los hijos son como una misma cosa, y por esto en ellos reina la más hermosa y santa union: unos mismos son los sentimientos é intereses; van por una misma senda y doquiera se hallan juntos: el padre manda, los hijos le obedecen prontamente, porque una sola es la voluntad de todos. Por esto son comunes el gozo y la tristeza, la pérdida ó ganancia. De aquí resultan, cual de su misma fuente, la confianza, la fidelidad, el celo, y todos los grandes sentimientos, origen de nobles y heroicas acciones: hay un resorte secreto, una virtud interior que es poderosa para producir las en su más cumplida y perfecta grandeza; es la piedad que los liga estrechamente con el sér de quien todo lo tenemos recibido, y al que no vemos cual si fuese extraño, mas por el contrario, como uno mismo casi, con nosotros.

(1) Rom. VIII. 15.

¿Qué serán tan bellos sentimientos cuando tengan por objeto, al más santo y amable de los padres, á Dios Nuestro Señor? Entónces nuestro pensamiento es Él; pensamiento que no cansa ni fastidia; mas llena de delicias toda el alma; su causa es nuestra causa, y nosotros son tambien, sus divinos intereses: deseamos que el mundo lo conozca, lo ame y lo venere; procuramos con ardor inmenso, su divina gloria, queriendo que reine con absoluto y soberano imperio, en el corazon de todos los mortales; y somos dichosísimos, y en el alma no cabe nuestro júbilo, si llegamos á obtenerlo. Mas si al contrario, la gloria de ese Padre, es profanada, entónces las sombras del dolor envuelven nuestra frente, la tristeza nos oprime: es hora de llorar; y lloramos en efecto, lágrimas de sangre, y destrozado de pena se siente el corazon.—Nuestro Padre es ofendido, nos decimos á nosotros mismos, ese Padre tan amable y santo, sagrado y soberano objeto de nuestros amores. ¿Pudiera el alma contener su llanto? Y el amor que le hace derramar tan tristes lágrimas, la levanta en seguida á remediar en cuanto pueda, los males que ha llorado; se vuelve á Dios y le suplica con ardiente ruego, que extienda la gloria de su nombre del Oriente al Ocaso, del Setentrion al Mediodía; que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Y despues sus palabras y sus obras, respiran la gloria de Dios: hállase poseido de un ardiente y abrasado celo, y piensa sin descanso, de qué manera podrá aumentar la gloria de su Padre; y trabaja infatigable en tan sagrado y dulce objeto. Cierto es que